

Gonzalo Arias
 c/ Juan Abelló 25 b
 San Lorenzo del Escorial
 (Madrid)

Tel. 896 19 17

28 de mayo de 1975

Sr. D. Manuel Txurio
 Paris

Distinguido amigo:

Adjunta encontrará documentación relativa a la creación, en el próximo mes de julio, de una BIBLIOTECA DE LA RECONCILIACION en Gibraltar, como primer intento para contrarrestar una política estéril de hostilidad y para promover la cultura española en un punto donde se está marchitando.

La organización del proyecto está ya avanzada. Tenemos un programa, contamos con un bibliotecario español, disponemos de unos pocos libros, hemos establecido un mecanismo para el envío de nuevas remesas. Pero necesitamos más ayuda. Dadas las circunstancias, creemos que esta ayuda debemos buscarla no en fuentes oficiales, sino privadas.

Le rogamos, pues, que - si aprueba Vd. nuestra iniciativa - preste atención a las formas de ayuda que sugerimos: apoyo económico para alquiler de un local, compra de libros y gastos diversos; donativos de libros; suscripciones a revistas.

Perdone la molestia si nuestro enfoque le parece erróneo. En tal caso, todavía nos atrevemos a pedirle que transmita esta documentación a algún amigo que a su juicio pueda recibirla con agrado.

Muy atentamente,

Gonzalo Arias

Perdón por buscar un campo de acción
 tan alejado de la sufrida Euzkadi!
 Un cordial abrazo
 G. Arias

El gibraltareño,
ese desconocido,
existe.

Es un ser que todavía
habla español en su hogar;
pero que se deshispaniza aceleradamente...
... por culpa nuestra.

ES TIEMPO DE RECTIFICAR

Pocas palabras, y manos a la obra.

Los entuertos causados por la obcecación
política, podemos empezar a repararlos
por iniciativa privada.

Crearemos en Gibraltar una

BIBLIOTECA DE LA RECONCILIACION

para ofrecer a los gibraltareños algo de
esa cultura española que nuestra política
de enemistad les ha rehusado.

¿Quién quiere ayudarnos?

Se ruega a quienes deseen hacer donativos para la BIBLIOTECA DE LA RECONCILIACION (Gibraltar) que rellenen el siguiente cupón y lo envíen a:

Gonzalo Arias
c/ Juan Abelló 25 b
San Lorenzo del Escorial
(Madrid)

Todo donador de un mínimo de 500 pesetas (o su equivalente aproximado en libros o revistas) recibirá un ejemplar de la obra "GIBRALTAREÑOS Y GIBALTAROFAGOS", de próxima aparición (véase el sumario a la vuelta de esta hoja).

.....

Nombre o razón social:

Dirección:

Enterado(s) del proyecto de creación de una BIBLIOTECA DE LA RECONCILIACION en Gibraltar, contribuyo (contribuimos) a él de la siguiente manera:

Formas de ayuda [Señálese la escogida]

Cheque cruzado } por valor de _____
 Giro postal } a nombre de Gonzalo Arias
[Ver dirección arriba]

Libros. Número de volúmenes: _____
 que envío (enviamos) por correo a G. Arias
[Ver dirección arriba. Atención: No enviar directamente a Gibraltar].
 que deberá recoger en mi (nuestro) domicilio un representante de la Biblioteca de la Reconciliación presentando este cupón.

Una suscripción por un año (dos años) a la revista _____, que se remitirá por vía aérea a la siguiente dirección:
Biblioteca de la Reconciliación
c/o The Postmaster
General Post Office
Gibraltar

No tengo (tenemos) inconveniente en que se incluya mi (nuestro) nombre en la lista de donadores que se haga pública en el momento oportuno. [Táchese este párrafo si no procede]

Observaciones:

Fecha:

Firma:

GIBALTAREÑOS Y GIBALTAROFAGOS
con el ejército al fondo
(Apuntes de un aprendiz de no-violento)
por Gonzalo Arias

Este librito, de próxima aparición, se enviará a los donadores de la "Biblioteca de la Reconciliación" tal como se indica al dorso. Se hace en él una revisión general del problema de Gibraltar, replanteándolo sobre nuevas bases. El artículo publicado en el número 256 de "El Ciervo" (adjunto) es un anticipo de las principales conclusiones del libro.

Sumario:

INTRODUCCION

ALGUNAS FECHAS BASICAS

ALGUNOS DATOS BASICOS

I - LA TESIS OFICIAL ESPAÑOLA

1. Premisa histórica: Un caso de violencia, usurpación y abuso de poder
2. Premisa jurídica: Vigencia del Tratado de Utrecht
3. Premisa militar: La NATO en Gibraltar, un peligro para España
4. Premisa económica: La explotación colonial del Campo de Gibraltar
5. Premisa demográfica: El carácter artificial de la población
6. Premisa política: La población, interlocutor no válido
7. Primera conclusión: Unas medidas de presión
8. Segunda conclusión: Unas propuestas de arreglo

II - EN BUSCA DE OTROS PUNTOS DE VISTA

1. El Gobierno británico
2. La opinión británica
3. Los gibraltareños
 - i) La virtud de la autoafirmación
 - ii) Los excesos de la autoafirmación
4. La opinión mundial
5. Muestrario de opiniones españolas
6. ¿Qué dicen los linenses?

III - HACIA UN ENFOQUE NO-VIOLENTO

1. ¿Qué es la no-violencia?
2. ¿Quiénes somos los no-violentos españoles?
3. Gibraltar visto desde la no-violencia: primeros tanteos
4. La reconciliación como primer objetivo
5. Pinceladas sobre la sociedad gibraltareña
6. Militarismo y antimilitarismo en Gibraltar y en el mundo
7. Los obstáculos españoles a la reconciliación
8. ¿Por dónde empezar?
9. La reconciliación como iniciativa de la base

¿RECONCILIACION CON GIBRALTAR?

Para salir de la vía muerta en que se halla el conflicto de Gibraltar, Gonzalo Arias propone replantearlo introduciendo nuevos elementos. Por paradoja, nuestro bloqueo ha contribuido eficazmente a la britanización del Peñón y a que el español haya desaparecido prácticamente de la vida cultural gibraltareña. Lo que propone en definitiva Gonzalo Arias --bien conocido por sus reflexiones y experiencias no-violentas-- es un experimento de reconciliación: conozcamos y comprendamos a los gibraltareños, recobremos su amistad perdida. La población calpense está, por lo demás, bien lejos de sentirse identificada con el ejército británico.

JUSTIFICACION

En el Peñón viven actualmente unos 30.000 habitantes, de los cuales unos 19.000 son gibraltareños. Si consideramos que una gran empresa como la Seat da trabajo ella sola a 30.000 obreros y que, teniendo en cuenta las familias de estos, los conflictos laborales que en ella se producen afectan directamente a un centenar de miles de personas, forzoso será reconocer que es muy explicable la indiferencia que siente el español medio ante una cuestión que tiende a considerarse como un tema de propaganda nacionalista o una válvula de escape para un fervor patriótico al que en otras proyecciones hay que poner coto.

No intentaré argumentar sobre la importancia cuantitativa de la sociedad gibraltareña. Podría invocar la importancia de la Roca como símbolo, pero tampoco lo haré. Justificaré estas páginas, más bien, diciendo que para mí Gibraltar podría ser un experimento de reconciliación. Otras empresas de reconciliación son difícilísimas, y yo me veo impotente (por mis propias limitaciones o por las circunstancias, tanto da) para aportar a ellas mi esfuerzo. Queden para los gigantes de la política o de la moral, para los ejércitos regulares (si los hay) de la reconciliación. En cambio Gibraltar, precisamente por lo reducido de sus dimensiones: (las del Peñón y las del conflicto mismo), me parece más accesible para francotiradores o guerrilleros de la reconciliación. Y si el experimento condujera a algún éxito, podría servir de modelo o inspiración a empresas mayores. Tal es mi respuesta provisional a quienes no dejarán de preguntarse: ¿Qué nos importa a nosotros Gibraltar?

PLANTEAMIENTO

El problema de Gibraltar está en una vía muerta. Quizás falta a los ingleses una verdadera voluntad de descolonización. Quizás es la índole del régimen español el principal obstáculo para un arreglo que satisfaga a todos. Quizás es incompleto el planteamiento como conflicto internacional entre Gran Bretaña y España, y hay que prestar mayor atención a sus implicaciones socio-económicas, como conflicto (en el que la verja del istmo no es necesariamente la raya divisoria) entre ricos y pobres, entre el egoísmo de unos privilegiados y el resentimiento de unos desfavorecidos, o entre un estilo de vida militar y un estilo de vida civil.

En todo caso, para salir de esta vía muerta hay que replantear el problema con la aportación de nuevos elementos. Este convencimiento, unido al pensamiento ambicioso de que la corriente moral de la "no-violencia" está en condiciones de ofrecer nuevos enfoques que abran perspectivas hasta ahora no tomadas en consideración, es lo que me ha movido a hacer tres viajes al Gibraltar semibloqueado, a buscar el diálogo con

gibraltareños representativos, a tratar de comunicar ahora mis pensamientos a mis compatriotas y... espero no detenerme aquí. Estas páginas son en realidad un anticipo de un libro en preparación en el que me propongo tratar el tema con mayor detenimiento.

Dícese que Castiella, cuando trazó desde el Ministerio de Asuntos Exteriores las líneas fundamentales de la política que él y sus sucesores seguirían en la reivindicación del Peñón, no conocía todavía a ningún gibraltareño, no había conversado con ninguno. Grave falta, a mi juicio. A los españoles se nos ha hablado mucho, demasiado quizá, de la historia militar y diplomática de Gibraltar; pero se nos ha informado muy poco (o lo que es peor, se nos ha informado torcidamente) sobre los gibraltareños. Empecemos pues tratando de rectificar este mal enfoque inicial. Lo primero debe ser un esfuerzo de comprensión.

¿QUIENES SON LOS GIBRALTAREÑOS?

Durante muchos años se nos ha venido repitiendo que los habitantes del Peñón son una agrupación humana constituida artificialmente como fruto de una planificación política de Gran Bretaña para fabricar una población dócil con grupos étnicos desarraigados de su país original. A esta especie, ya bastante vejatoria, se han unido con frecuencia verdaderas injurias sobre la índole moral y el modo de vida de los gibraltareños.

Es cierto que el hostigamiento verbal ha amainado bastante en los últimos años, e incluso ha habido algunas voces de rectificación. Pero los españoles seguimos ignorando, en general, quienes son los gibraltareños. El tema, naturalmente, no puede despacharse en unos párrafos de un artículo; pero considero indispensable al menos aclarar aquí nuestras ideas en torno a dos puntos capitales: el mito de la planificación y la proporción de sangre hispánica en la Roca.

La planificación demográfica tal vez existió en la intención de algún gobernador británico, pero los hechos demuestran que no tuvo aplicación práctica. Por lo pronto, de los datos en que concuerdan todos los historiadores se deduce que, entre los componentes no hispánicos de la población calpense, el más numeroso es, con mucho, el genovés. Y uno se pregunta: ¿Qué clase de planificadores tenía el colonialismo británico, que disponiendo en los siglos XVIII y XIX de fuertes contingentes de emigrantes ingleses protestantes que se dirigían a Canadá, Estados Unidos, Sudáfrica o Australia, prefirieron echar mano de unos genoveses católicos que previsiblemente iban a mezclarse, como ocurrió, con la población de origen español?

La imagen del "aluvión", muchas veces evocada, está seguramente más cerca de la verdad, pero no veo por qué haya

que tomarla en sentido peyorativo ni me parece fácil vincularla a la idea de artificialidad. Una población de aluvión es para mí la que queda como residuo de grandes transtornos históricos (guerras, epidemias, migraciones de raíz económica o política) que escapan al control de cualquier planificador. ¿Qué hay de malo en esto para los gibraltareños?

Un curioso dato histórico que debo al sacerdote gibraltareño Carlos Caruana confirma que, si alguna vez la autoridad militar inglesa trató de planificar la población, lo hizo en un sentido contrario al que se le suele atribuir ... y por añadidura fracasó. Es el caso que en 1841 el reverendo Henry Hughes, nombrado por la Santa Sede primer Vicario Apostólico de Gibraltar con funciones episcopales, se encontró con que más de 350 parejas de origen genovés y español hacían desde años atrás vida matrimonial y estaban teniendo hijos sin que mediara matrimonio legal ni canónico. ¿Por qué? Pues sencillamente porque la autoridad colonial inglesa, recelosa de la multiplicación de los "papistas" en la Roca, no autorizaba los matrimonios. El vicario desafió las leyes, casó a todas aquellas parejas, y como consecuencia de su actitud estuvo arrestado durante tres meses en una dependencia del Castillo Moro.

Hoy día, el 95 por ciento de los 19.000 gibraltareños (no cuento a los seis millares largos de ciudadanos británicos residentes en el Peñón sin ser gibraltareños) son católicos y de ascendencia mediterránea. ¿Descendientes de genoveses o de andaluces? Durante el siglo XVIII parece cierto que el elemento genovés predominó sobre el español (y desde luego sobre el hebreo, el portugués, el maltés y otros). Desde las guerras napoleónicas las cosas cambian. Contra lo que se ha solido afirmar no siempre se prohibió a los españoles residir en Gibraltar. Pudieron hacerlo durante todo el siglo XIX, y lo hicieron sobre todo en su primer tercio, época en que la población calpense se renovó profundamente como consecuencia de graves epidemias y de fuertes inmigraciones. Luego, cada transtorno político o guerra civil española trajo al Peñón una nueva oleada hispánica en forma de refugiados políticos. La última, de varios centenares, tuvo lugar en 1936.

La proporción de apellidos españoles entre el proletariado y las clases modestas puede ser del orden del 50 por ciento, y entre las clases acomodadas (políticos, comerciantes, profesiones liberales) del 20 por ciento. Pero hay que tener en cuenta que

durante generaciones los gibraltareños han buscado a menudo esposas españolas, que no han transmitido su apellido. El resultado es que en la inmensa mayoría de las familias, y a pesar de las circunstancias adversas, el español es la lengua del hogar y la proporción de sangre española es muy mayoritaria.

Estos son los hechos. Es curioso, sin embargo, que tanto en Madrid como en Londres parece que ha habido interés en cerrar los ojos a ellos. Y ello a pesar de que el propio Jefe del Estado español, en los años cincuenta, había reconocido repetidamente, en sus declaraciones a la prensa, el carácter mayoritariamente hispánico de la población calpense (pueden verse, por ejemplo, las declaraciones al diario *Pueblo* el 30 de abril de 1959).

Por parte española, los responsables de nuestra política exterior en los años sesenta creyeron preferible apartarse de la orientación marcada por el Caudillo, tal vez para rehuir lo que sería una embarazosa explicación: ¿Por qué los gibraltareños, con tanta sangre española en sus venas, muestran tan poco apego "a España?" (A cierta idea de España, diría yo, con lo cual la respuesta es mucho más fácil).

Y por parte inglesa, lo que se quiere rehuir es esta constatación igualmente embarazosa: que el estruendoso patriotismo de muchos de los que se proclaman "more British than the British" procede mucho más de una opción meditada que de la voz de la sangre. Y no es que un "patriotismo de adopción" me parezca menos respetable que un patriotismo de sangre; sobre todo cuando uno es hijo o nieto de emigrantes cuya sociedad de origen, por razones económicas o políticas, fue con ellos más madrastra que madre. Pero esto requeriría sutiles explicaciones que, como digo, es lógico que se rehuyan.

¿COMO HAN REACCIONADO AL ACOSO ESPAÑOL?

La escalada de medidas restrictivas que condujeron a la actual ruptura de comunicaciones se sitúa casi por entero en el quinquenio 1964-1969, o sea en los años finales del ministerio de Castiella. El cierre de frontera, el cerco económico, el acoso político o como quiera que se le llame es hoy tan completo que la mayoría de los niños gibraltareños de menos de 10 años nunca han salido de sus



El peñón de Gibraltar visto por Gustavo Doré a mediados del siglo XIX

8 kilómetros cuadrados (4 ó 5 kilómetros cuadrados, si se descuentan los acantilados y las tierras acotadas para uso militares), y no hay comunicación alguna directa entre el Peñón y España, ni por tierra, ni por mar, ni por aire, sin más excepciones que una línea aérea Londres-Madrid-Gibraltar de la que los españoles no pueden servirse, las ondas hertzianas portadoras de emisiones de radio y televisión en uno y otro sentido, y las voces que intercambian, especialmente los sábados y los domingos, algunos linenses con sus primos, hermanos o hijos gibraltareños a través de los 100 metros de separación guardados por los soldados de España.

Caso significativo, este de la verja entre La Línea y Gibraltar, de colaboración en la discordia y para la discordia. Erigida en 1908 por los ingleses pese a las protestas españolas, parangonada acusadoramente por los negociadores españoles de 1966 con el "muro de la vergüenza" berlinés, somos sin embargo hoy los españoles los que la hemos hecho, en varios aspectos, más impenetrable todavía que el muro de Berlín. Las autoridades de Pankow, por ejemplo, han llegado a comprender que las comunicaciones telefónicas, las visitas ocasionales de padres ancianos a sus hijos al otro lado del muro y otras facilidades humanitarias en nada alteran la función política del muro y atenúan en cambio su deplorable impacto en la opinión pública. Tales atenuaciones faltan en nuestro caso.

A nadie se le oculta ya, por lo demás, que las medidas de bloqueo no han conseguido el fin propuesto de desarticular la economía gibraltareña y obligar así al gobierno británico a hacer concesiones. Pero dejemos a los especialistas los aspectos económicos del problema. Lo que aquí nos interesa son los aspectos humanos.

Distingamos dos planos para considerar los efectos del acoso español. En lo que atañe a la presencia española en la Roca, tales efectos están siendo catastróficos. Respecto al desarrollo interno de la sociedad gibraltareña, hay efectos malos y buenos, pero tal vez sean más importantes los segundos.

Por dolorosa paradoja, las más eficaces medidas para la britanización de la Roca no las ha tomado ningún gobierno inglés, sino un gabinete nacionalista español. Tanto por obra de las restricciones impuestas desde fuera como por la previsible reacción antiespañola producida dentro, nuestro idioma está hoy prácticamente desterrado de la vida cultural gibraltareña. No entran diarios españoles. El único diario local bilingüe, *El Calpense*, dejó de aparecer en 1973. Llegan unas pocas de nuestras revistas deportivas y mundanas, pero uno se pregunta si son el mejor

exponente de nuestra cultura. (Un librero me dijo que son los propios españoles los que dificultan el envío de revistas literarias o políticas). En la única biblioteca pública local (hay otra de la guarnición) hay tan sólo una docena de libros en español: J.M. Gironella, C. Laforet, A. de la Iglesia, C.J.Cela, Baroja (por cierto muy leídos según pude comprobar). Sólo en un comercio (que no era librería) pude encontrar un surtido de novelas y clásicos en español. La televisión local emite exclusivamente en inglés, y la radio tiene sólo un breve programa informativo en español. El cine español está totalmente ausente, y si existe teatro en el idioma de Lope es por obra y gracia de un gibraltareño, Luis F. Bruzón, comediógrafo en la tradición de los Álvarez Quintero. No hay institución alguna docente española, ni creo que haya hoy (como había antes) jóvenes gibraltareños que cursen estudios en España, con o sin beca.

Esto es lo que se ve por fuera. Pero por dentro el mal es mayor. Según testimonio de unos amigos, profesores de educación secundaria, es ahora común entre los adolescentes del Peñón el desprecio e incluso el desprecio ostensible y deliberado hacia todo lo español. De escritores españoles, de cultura española, incluso de música española, no quieren saber nada. Esto, en los años formativos de una persona, es muy grave.

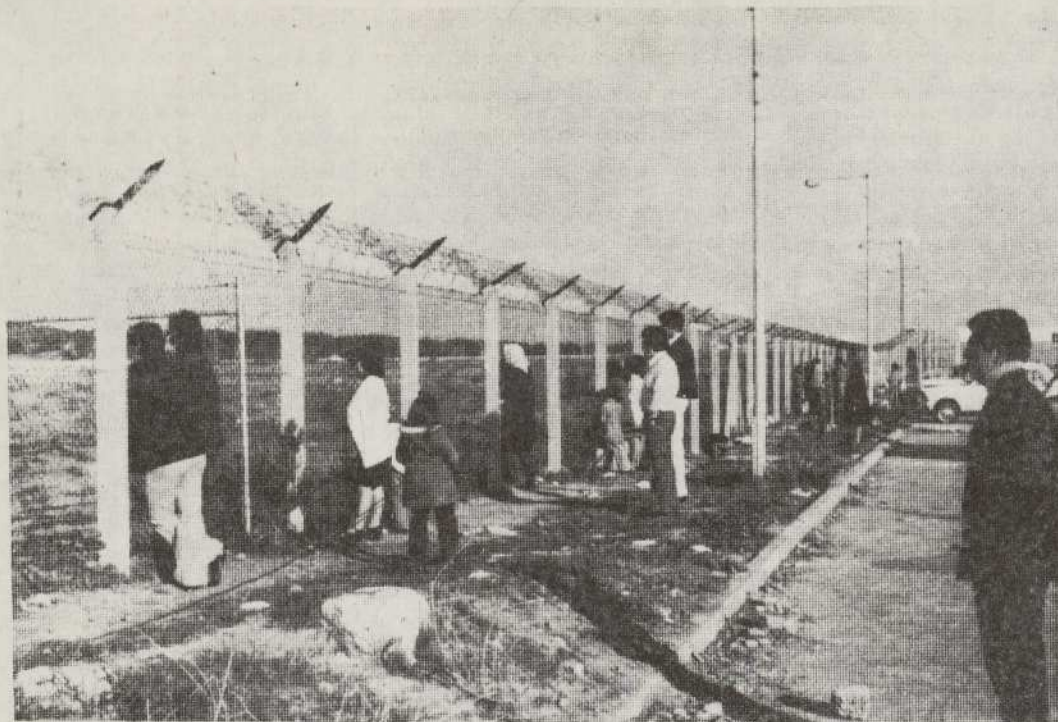
También en lo que se refiere a aportación de sangre nueva está nuestra política de hostigamiento facilitando la britanización que no consiguió antaño la administración colonial con medidas como la de encarcelar a un obispo. Parece que son ahora cada vez más frecuentes los matrimonios anglo-gibraltareños, y que son bastantes los funcionarios o los militares británicos que se enamoran del Peñón y se quedan a vivir en él.

Recuerdo haber leído que, hace un siglo, los españoles residentes en Orán se dirigieron a un gobierno español conservador para pedirle protección contra los esfuerzos de la administración francesa tendientes a asimilarlos borrando su nacionalidad de origen. El Ministro de Estado de entonces respondió que "los malos hijos que abandonan la patria para llevar fuera de sus contornos su esfuerzo y su inteligencia no merecían protección alguna del Gobierno español". Es un libro titulado *Reivindicaciones de España* el que cuenta esto "para vergüenza y escarnio de las generaciones venideras". No pretendo sugerir que las situaciones sean idénticas, pero quisiera estar seguro de que la historia no culpará a uno de los coautores de ese libro de haberse dejado llevar por un análogo desdén hacia otro grupo de emigrantes.

He aludido antes al desarrollo interno de Gibraltar. Aclaro de nuevo que me refiero al desarrollo humano, social y político,



Gibraltar, 18 o 19 de julio de 1936. Cientos de habitantes de La Línea se agolpan junto a la verja pidiendo refugio. Los ingleses vacilan, antes de abrir las puertas. (Foto inédita que agradecemos al gibraltareño Henry Pinna)



La verja erigida en 1908, desde el lado británico. Especialmente los domingos, los gibraltareños acuden a saludar a sus parientes españoles a través de los 100 metros de anchura del Campo Militar español

no al económico. En este sentido, la actitud española de estos años ha dificultado sin duda el funcionamiento de los mecanismos de gobierno, pero ha contribuido al mismo tiempo positivamente al proceso de madurez de los ciudadanos, al enfrentarles duramente con sus propias responsabilidades.

Gibraltar es un pueblo que, después de un largo período colonial que culminó en las duras experiencias de la Segunda Guerra Mundial (evacuación en masa a Gran Bretaña de toda la población civil), está viviendo un intenso proceso de descubrimiento de sí mismo, de toma de conciencia de su propia personalidad, de autoafirmación. Antes era verdad lo que muchos se complacen en repetir hoy por inercia o ceguera voluntaria: que los gibraltareños eran simples acólitos civiles de un poder militar. Después, ayudados por el movimiento general de la historia pero también por su propio esfuerzo, los gibraltareños han afirmado más y más su personalidad como pueblo.

El forzado "ensimismamiento" de la sociedad gibraltareña ha orientado las energías de los ciudadanos más dinámicos hacia la acción política y social. No sé lo que era antes, pero hoy se equivocan los que creen que en Gibraltar hay simplemente un pueblo "de comerciantes". Dos diarios (laborista y conservador, aproximadamente), un semanario integracionista (o sea extremadamente britanista), una publicación irregular socialista, dos partidos políticos y algunos assembleístas y grupos de opinión independientes, dos sindicatos principales (uno muy vinculado a un partido político y otro independiente), numerosos clubs y asociaciones profesionales... ¿Qué ciudad española de 30.000 almas puede presentar tan animado cuadro?

Para ser imparcial, hay que señalar que el aprendizaje de la democracia en el Peñón no se realiza sin tropiezos y sin algún exceso morboso en el uso de la libertad. No podré olvidar la jornada del 16 de diciembre pasado, en la que me fue dado contemplar a una policía de corte británico (aunque compuesta en gran parte por gibraltareños) conservando durante siete horas su sangre fría ante el desbordamiento verbal de unos huelguistas que se expresaban en el más celtibérico de los estilos. Aquellos insultos soeces, aquella irresponsable forma de atizar el odio social (independientemente de la justicia o injusticia de las peticiones), haciendo el juego a los eternos escépticos sobre la viabilidad de la democracia liberal en pueblos latinos, eran prueba palpable de que no todo está maduro en Gibraltar.

El proceso de autoafirmación en marcha en la Roca tiene pues luces y sombras. Pero toda persona que crea en el progreso humano debe tener el valor de aceptarlo como un fenómeno positivo, magníficamente positivo. La autoafirmación de Gibraltar no es simplemente algo bueno para sus propios habitantes; es también beneficiosa, a la larga, para las poblaciones vecinas. Pues es cosa evidente que todo progreso alcanzado por una comunidad, todo paso hacia adelante dado por un hombre o un grupo de hombres para ser más plenamente ellos mismos, para vivir más plenamente su vida sin oprimir la de los demás, es una contribución a nuestra civilización en general y desempeña un papel de ejemplo, estímulo y emulación. (1)

ENSAYO DE UN ENFOQUE NO-VIOLENTO

Tengo la impresión de que, entre los españoles que tienen ideas políticas propias y se han detenido a reflexionar sobre

Gibraltar (tipo de ciudadano, me temo, más bien minoritario), son muy numerosos los que, incluso desde posiciones antifranquistas o izquierdistas, aprueban tácita e expresamente la ruptura de relaciones con el Peñón. ¿No se trata de un trozo de tierra española en la que un ejército extranjero ha puesto su garra? Todos estamos de acuerdo en que la cosa no merece una guerra, pero ¿no debemos al menos combatir al invasor pacíficamente, negándole toda colaboración?

Confieso paladinamente que también a mí me tentó este planteamiento mientras vi el problema de lejos. Para el aprendiz

(1) Párrafo suprimido por "EL CIERVO", con el consentimiento del autor:

Se me dirá que es muy duro para nuestro patriotismo herido el aceptar que esa maduración gibraltareña se haga no sólo al margen de nosotros sino contra nosotros. Pero ¿acaso el patriotismo lo justifica todo? ¿No habrá algo impuro en un sentimiento que nos impulsa a coartar la libertad del prójimo?



Obreros gibraltareños y marroquíes en una manifestación ante la Casa de la Asamblea el 16 de diciembre de 1974

de no-violento, era sugestivo el esquema: boicot pacífico español *versus* militarismo y colonialismo británicos. La no-violencia, en efecto —nunca lo machacaremos bastante— no es pasividad, no es una renuncia a toda actitud conflictiva: es una renuncia a la violencia hija del odio o engendradora de odio (y, por lo tanto, a toda violencia mortífera), pero es una constante llamada a la imaginación para encontrar otros medios de lucha por la justicia. La búsqueda de la eficacia en el plano moral no supone quedarse en las nubes. La presión moral será más eficaz si se apoya en una presión material que no la contradiga, aunque pueda hacer algún daño. Algún daño hicieron o hacen a sus adversarios Gandhi, Martin Luther King, Danilo Dolci, los hermanos Berrigan, César Chávez, etc., con sus campañas de boicot contra productos comerciales o con sus actitudes de desobediencia civil. ¿No era análogo nuestro caso?

Y sin embargo, incluso desde lejos, podía notarse que al conjunto de medidas de presión contra Gibraltar les faltaba algo para poder ser catalogadas por los discípulos de Gandhi como una campaña “no-violenta”. Les faltaba, y les falta, el espíritu.

La no-violencia consiste ante todo en utilizar la fuerza del amor como arma de eficacia política. De ello se derivan diversas reglas prácticas, dos de las cuales recordaré aquí:

Primera — Si no puede resolverse un conflicto sin sufrimiento, el no-violento debe ser el primero en aceptar voluntariamente ese sufrimiento, antes de causarlo a su adversario. Los ayunos, prisiones o golpes voluntariamente aceptados por los no-violentos famosos o por los aprendices que siguen sus pasos tienen ese sentido.

Huelga decir que la idea de asumir ellos mismos la parte mayor del sufrimiento causado por el cierre de la frontera ni por un momento se insinuó en el ánimo de quienes lo decretaron. No se diga que “España”, en las personas de los 4.778 trabajadores linenses que quedaron momentáneamente en paro, así como de sus familias, también sufrió. Este sufrimiento fue también impuesto, no aceptado libremente. (2)

Segunda — El no-violento jamás debe buscar la humillación del adversario, sino que debe mostrar hacia él un profundo respeto. No se confunda esto con la adulación: es, al contrario, sincera voluntad de reconocer siempre la parte de verdad que hay en cada cual.

Los grandes medios de información españoles se apartaron de este criterio en el asunto que nos ocupa, sobre todo en los años cincuenta y sesenta. Baste invocar aquí el testimonio de George Hills, considerado como un amigo de España, quien en su reciente libro (*El Peñón de la discordia*, Ed. San Martín, 1974) reprocha a nuestros escritores y locutores de radio la falta de buen sentido y de buen gusto con que “atribuían a todos los gibraltareños un extraño linaje tenebroso y una actividad criminal”.

El enfoque no-violento, al situarnos en un plano humano, nos puede ayudar a superar nuestra vieja resistencia a reconocer al pueblo calpense como interlocutor válido (punto éste en que, bueno es reconocerlo, el Gobierno español ha dado ciertos vacilantes pasos de rectificación). Tocamos aquí un aspecto clave de la cuestión, que es reflejo del choque entre dos distintas filosofías políticas.

Están por un lado los que conciben la organización de la

sociedad como una yuxtaposición de unidades fundamentales con límites muy definidos, soberanas e indestructibles tanto en lo físico como en lo metafísico: las naciones-estados. El papel y la importancia del individuo se desdibujan y eclipsan en la medida en que se rinde más y más culto a la entidad abstracta que es el Estado. En el límite, acecha el totalitarismo.

Frente a esta actitud política, una filosofía personalista concebiría más bien la sociedad como un complejo tejido de relaciones humanas, que se realizan ciertamente mediante órganos, los cuales están sin duda estructurados en una cierta jerarquía (municipios, sindicatos, empresas, cooperativas, universidades, órganos profesionales, provincias, Estados, organismos internacionales...), pero que en último término están todos al servicio del hombre concreto y real. El Estado “soberano”, especie de dogma con una existencia metafísica, queda aquí reducido a un eslabón de una cadena, o a una malla de un tejido. Por ello, en todos los casos, lo mismo en política internacional que en filosofía, cultura, religión, administración o cualquier esfera de la actividad humana, el interlocutor fundamental es, o debe ser, *el pueblo*.

El pueblo gibraltareño es más que un interlocutor válido: es el interlocutor principal. No es una tercera parte en la disputa, que se sume a los gobiernos británico y español, sino la primerísima.

No quiero decir con esto que la voluntad de los habitantes de la Roca deba reconocerse como factor único y decisivo. No se trata de trasplantar de un lado a otro el concepto absoluto, perturbador y retrógrado de “soberanía”. Si ellos son lógicamente los primeros interesados cuando se trata de determinar el régimen político, jurídico, económico, etc. de la ciudad, admito no obstante que los habitantes de La Línea también tienen una palabra que decir. Y los del Campo de Gibraltar. E incluso los ingleses y los españoles en general.

Creo, en fin, en la solidaridad humana.

Con lo dicho, espero haber dejado bastante claro que el enfoque no-violento de nuestro problema se sintetiza en la palabra puesta en el título de estas páginas: reconciliación. Recobremos la amistad perdida de los gibraltareños. Esforcémonos por conocerles y comprenderles. Ayudémosles a comprender lo que Gibraltar tiene de hiriente para nosotros, pero sin herirles a ellos.

Esto es un enfoque, no un programa o una fórmula de arreglo. El arreglo definitivo sólo será viable cuando los corazones se hayan abierto, cuando unos y otros hayamos aprendido a no temernos ni despreciarnos. Sin embargo, tal vez la no-violencia pueda desde ahora sugerir al menos dos puntos programáticos.

UNA SUGERENCIA A LARGO PLAZO: LA DESMILITARIZACIÓN

(3)

Sé que la idea de desmilitarizar el Peñón parecerá hoy utópica, y por ello me limito a apuntarla como objetivo a largo plazo. Pero quisiera afirmar con fuerza algo que tal vez sorprenda a muchos: que una declaración programática en favor de la desmilitarización de Gibraltar y su Campo, más bien que despertar suspicacias en los gibraltareños, podría encontrar en ellos un eco de simpatía, (4)

La molesta sombra que proyecta toda base militar sobre la vida civil no deja de ser percibida por la población gibraltense, la cual está muy lejos, lejisimos, de sentirse identificada con el ejército británico, ni en la vida cotidiana, ni en su manera de pensar, ni en sus aspiraciones políticas. Por otra parte, la actual reacción mundial (y especialmente europea) de la juventud contra el nacionalismo militarista está pasando también por el Peñón, donde encuentra terreno abonado. No puedo dejar de mencionar la batalla contra el servicio militar obligatorio, que se emprendió allí en diciembre de 1970. En Gibraltar, fue suficiente que dos objetores de conciencia pasaran pocas semanas en la prisión del Castillo y que sus compañeros organizaran una amplia recogida de firmas para que, unos meses después, el gobernador decidiera suprimir la obligatoriedad del servicio, que por lo demás no existía en Gran Bretaña desde hacía años.

UNA SUGERENCIA AL LECTOR: EMPECEMOS AHORA MISMO

Seas quien seas, lector, te ruego que te pares a considerar la posibilidad de que empecemos desde ahora mismo la obra de reconciliación española con Gibraltar.

¿Eres un personaje, tienes algún poder o influencia en los asuntos públicos? Magnífico. Si he conseguido suscitar en tí nuevas ideas, tú sabrás lo que puedes hacer.

¿Tienes dinero? Te aseguro que para un hombre de empresa español que sepa dar al dinero un papel funcional al servicio de una idea, el embrollo de Gibraltar ofrece apasionantes perspectivas. ¿Cuántas posibilidades de crear amistad, de abrir horizontas, de dar el alimento cultural y espiritual que necesitan a muchos que por dignidad no lo piden!

¿Eres editor o librero, intelectual o artista? Acompañame al Peñón en mi próximo viaje. Estoy seguro de que Gibraltar dejará en tí su huella, y de que tú podrás dejar allí la tuya.

¿No eres influyente, ni poderoso, ni brillante, pero estás sencillamente disponible? Ven a verme. Tal vez seas tú el hombre de la situación, el agente de reconciliación que necesitamos.

¿No sabes que los humildes tenemos el deber de ser osados? Precisamente porque tenemos poco o nada que perder, estamos en condiciones de lanzarnos a experimentos en los que otros

difícilmente se embarcarán sin que alguien tante previamente el terreno. No esperemos la ayuda de los grandes. ¡Adelante!

Y LOS LINENSES, ¿QUE DICEN?

No es fácil en unas breves visitas a La Línea de la Concepción, formarse un juicio global de la opinión de los linenses sobre las relaciones con Gibraltar. Se realiza aquí aquello de que "cada cual habla de la feria según le va en ella", y ya puede suponerse que ni el Instituto de la Opinión Pública ha realizado aquí encuestas ni el visitante dispone de criterio alguno para atribuir mayor o menor grado de representatividad a los hipotéticos órganos de opinión.

Con todo, parece que puede afirmarse con seguridad que la evolución de estos últimos veinte años, si por una parte ha repercutido duramente sobre ciertos sectores de la población (obreros y comerciantes, sobre todo), ha sido por otra parte benéfica para el conjunto de la ciudad. Se acabó La Línea como "barrio chino" y arrabal proletario de Gibraltar, se acabó la mala fama de este pueblo debida en gran parte a contrabandistas, intermediarios y gentes de dudosa reputación venidos de otras regiones, se acabó para los linenses el ser explotados y despreciados por los ingleses y abandonados e incluso insultados por los españoles. La ciudad se ha urbanizado (en ambos sentidos de la palabra), el comercio se ha reestructurado, muchos indeseables se han marchado.

Sin embargo, los linenses no están contentos. Siguen añorando Gibraltar, y están convencidos de que la reapertura de la frontera sería ahora beneficiosa para todos.

La mayoría de los trabajadores que estuvieron yendo a Gibraltar cada día hasta el 9 de junio de 1969 están ya jubilados o han tenido que buscar un empleo en puntos alejados de la geografía española. Pude, no obstante, hablar con uno que sigue en La Línea y que podría mañana reanudar el cotidiano ir y venir. Unas palabras suyas serán el mejor colofón para estas páginas: "Si ahora se abriera la frontera, el arreglo entre La Línea y Gibraltar sería ya de igual a igual, y todos saldríamos ganando. No guardamos odio a los gibraltareños, sino aprecio".

GONZALO ARIAS

Otros párrafos suprimidos por "EL CIERVO":

(2) Y sería verdaderamente un rasgo de humor negro el que nuestros dirigentes, tan dados a identificarse con "España", delegaran expresamente en los humildes la representación patria cuando se trata de sufrir.

(3) La sensibilidad de un no-violento no es la misma que la de un político nacionalista. Esto salta a la vista cuando se considera la manera en que uno y otro se sienten heridos por la presencia británica en el Peñón.

Las negociaciones sobre Gibraltar han puesto de manifiesto que para cierta concepción del honor nacional, lo importante son los colores del pabellón que ondee sobre la Roca. Si en esto se consigue satisfacción, serán llevaderos los males que trae consigo toda base militar, los peligros derivados de los juegos bélicos y los riesgos de vernos envueltos contra nuestra voluntad en una conflagración en gran escala, incluso atómica.

Yo no puedo compartir esta manera de ver. Lo que a mí me hiere, lo que considero humillante, peligroso y perturbador, es la presencia de la fuerza armada real, no la de su símbolo.

No es cosa de extenderme aquí sobre el antimilitarismo de los no-violentos. Sé que la idea...

(4) ... un eco de simpatía, porque también en Gibraltar hay un fuerte antimilitarismo, latente o manifiesto.